

V

Aunque la madre no tuviese cabeza para ocuparse de otra cosa que de sus achaques, observó la mudanza sobrevenida en Alberto, y habló de ella más de una vez con su hija, aun cuando no le parecía cosa de atribuir al hecho gran importancia. «Es una de esas melancolías á que están sujetos todos los jóvenes, decía; dentro de pocos días se le pasará.» Pero Julia, que tenía la mirada fina y el cariño adivinador, no era del mismo parecer; el corazón le anunciaba algo siniestro, y había llegado á tal extremo su ansiedad que, conociendo que no podía continuar en aquel estado, resolvió averiguar la verdad á todo trance, aunque tuviese que amenazar á Alberto con privarle de su cariño y dejarlo para siempre.

Aquella noche Julia y su madre cenaban sentadas una enfrente de otra á los dos lados de una mesita alumbrada por una pequeña lámpara. La madre tenía vendada la cabeza de modo que apenas se le veía la cara y estaba como embutida en un viejo sillón, con la barba en el borde del plato y los ojos medio cerrados; en la pared opuesta se prolongaba la sombra de Julia, con una abundante cabellera desordenada; la habitación estaba casi á oscuras y no se oía más que el monótono tic tac del reloj.

De pronto resonaron pasos en la escalera, abrióse la puerta y apareció Alberto.

— ¡Gracias á Dios!, exclamaron á una las dos mujeres.

Alberto se sentó junto á la mesa; Julia le miró y lanzó un grito:

— ¡Dios mío! ¿Qué tiene usted?

Alberto se sonrió á la fuerza y respondió con dulzura:

— No tengo nada.

— Es imposible: tiene usted la cara tan desencajada que da miedo, dijo Julia levantándose.

— Por favor..., murmuró Alberto cogiendo una mano de Julia, siéntese usted..., le aseguro... que no tengo nada.

La joven se volvió á sentar, pero empujó el plato y se cruzó de brazos en actitud de disgusto.

— ¿Quiere usted un dedo de vino?, le preguntó la anciana.

Alberto le dió las gracias indicando que no lo quería, y se puso á mirar á Julia con una expresión de ternura tan triste y en una actitud que revelaba una postración de ánimo tan profunda, que la joven no pudo contenerse ya, se levantó, encendió una luz y dijo resueltamente á la anciana:

— Perdona, mamá: necesito hablar un momento con Alberto.

La madre, levantando fatigosamente los ojos, miró á los dos jóvenes y dijo: «¡Melancolías!» Alberto entró en su cuarto con la joven, dejando la puerta abierta, y se dejó caer en una silla: Julia se sentó delante de él, y cogiéndole una mano entre las suyas, le dijo en voz baja:

— Dígame usted lo que tiene; se lo pido por última vez; es imposible seguir así... No me diga usted que no se encuentra bien; quiero saber por qué no está bueno; ha de haber alguna causa para ello, algo le ha de haber sucedido; ruego á usted que me lo diga, no me haga vivir con esta pena, hartó he sufrido ya. ¿No tiene usted confianza en mí? Si no confía usted sus secretos á las personas que le quieren, ¿á quién se los confiará?

Alberto, por toda respuesta, le besó la mano; ella la retiró.

— ¿Quiere usted que le diga lo que le ha sucedido?, repuso. Lo he adivinado. Usted ha tenido algún grave disgusto en

el despacho. Un jefe le habrá reconvenido sin razón y usted se ha resentido; el otro le habrá dicho alguna palabra ofensiva y usted por no perder el empleo ha tenido que callar, y por esto está usted tan de mal humor; ¿á que no me dice usted que no es verdad? Asegúreme que no lo he adivinado.

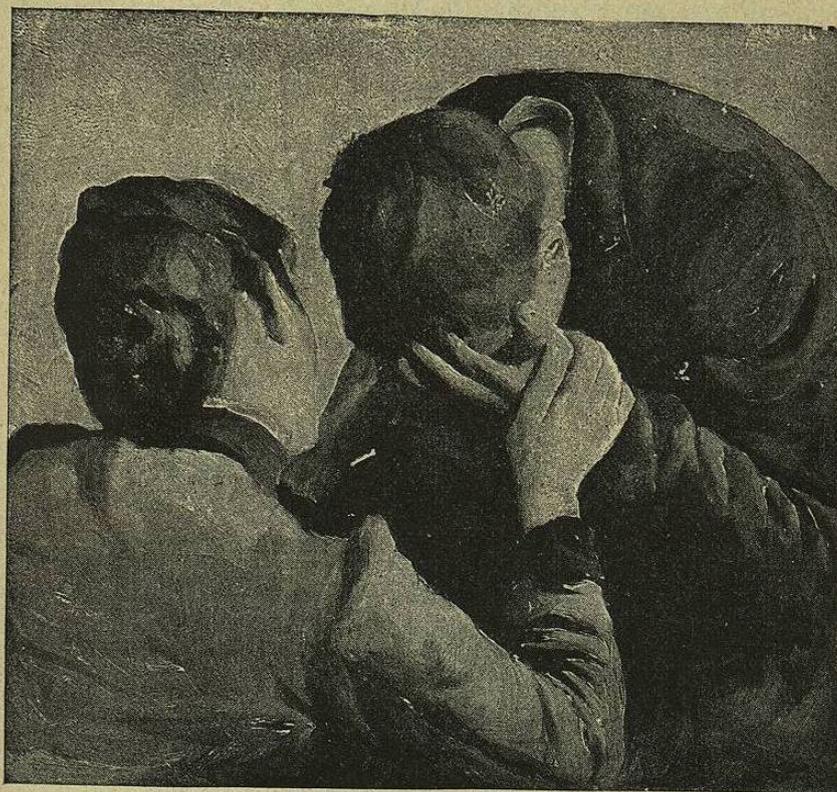
— No, respondió Alberto con voz débil, volviendo á coger la mano de Julia.

— Entonces... ya sé la causa. La causa es otra. ¿Quiere usted que se la diga francamente? Usted ha jugado. (Y lo miró fijamente.) Usted ha jugado, ha perdido y ahora tiene deudas que no sabe cómo pagar. Confiésemle usted que eso es lo sucedido. Pero entonces, ¿por qué no me lo ha dicho en seguida? Debía usted saber que nosotras estamos dispuestas á hacer con muy buena voluntad todo cuanto esté en nuestra mano para sacarle de apuros. Por mi parte, aunque no debiera quedar en casa más que un jergón para dormir y cuatro trapos para taparnos... No se sonría usted: no puede figurarse el daño que me hace su sonrisa; no digo nada que no esté dispuesta á hacer mañana, pronto, esta noche, si quiere ponernos á prueba...; conozco á mi madre. ¡Ea!, dígame usted que ha jugado.

Alberto hizo un ademán negativo con la cabeza y se tapó la cara con las dos manos.

— Pero ¿qué puede ser?, añadió Julia haciéndole bajar las manos; ¿alguna promesa que se ha hecho usted á sí mismo y que ahora siente no poder cumplir? Por ejemplo, ¿un proyecto que había usted formado y para realizarlo esperaba, ¿qué sé yo?, un ascenso, y no ha sucedido así y ha perdido usted toda esperanza? ¿Es eso? Tal vez fuera un proyecto en que yo figuraba. ¡Ay Dios! ¡Qué cosas me obliga á decir! Si eso fuese, daría á usted mi palabra, le juraría que, en este momento, por

lo que más quiero en el mundo, el cariño que le tengo será siempre el mismo, suceda lo que quiera y sea cualquiera la posición en que se encuentre usted... No tiene usted más que



Pero ¿qué puede ser?, añadió Julia haciéndole bajar las manos

veinte años. ¡Queda aún tanto tiempo! No es cosa de preocuparse por eso.

Alberto puso una mano en el hombro de la joven, la miró fijamente y dijo:

— ¡Querida Julia! Si te dijese lo que tengo..., te afligirías demasiado. Por favor, déjame solo; te prometo que algún día te lo diré todo; ahora no puedo; no me atrevo.

Julia se levantó de pronto, corrió á la puerta, miró á la otra habitación: su madre dormía. Cerró la puerta, volvió, se arrodilló delante de Alberto y exclamó con voz llorosa:

— ¡Por última vez, dime lo que tienes!

Alberto estuvo un momento meditabundo, mirándola; luego se enderezó, como resuelto á hablar; abrió la boca...

— ¡Di, di!, exclamó vivamente Julia.

— Mírame, respondió Alberto con voz apagada.

Julia se ladeó un poco para que la luz diese de lleno en la cara de Alberto; le miró con atención, y luego, cogiéndole ambas manos, exclamó asustada:

— ¡Padeces mucho! ¡Es preciso llamar al médico, Alberto! ¿Qué tienes? ¿Qué sientes?

Alberto apoyó la cabeza en el hombro de Julia.

— ¡Dios mío!, dijo ésta procurando inútilmente levantarlo. ¡Mamá!, ¡mamá!

— No, no la llares, repuso Alberto sin alzar la cabeza y echando los brazos al cuello de la joven arrodillada; te lo diré todo.

— ¡Pronto!

— Oye, continuó el joven en voz tan baja que apenas se le oía; me cuesta un esfuerzo que no puedes figurarte... el tener que decirte... No lo siento por mí, Julia, sino por ti... Me perdonarás... Creía tener valor para callar siempre; pero me falta..., hago traición á todos mis propósitos..., he esperado hasta lo último..., dime que me perdonarás.

— ¡Oh, sí, sí!, contestó Julia llorando; pero habla.

— Pues bien..., tengo que decirte una cosa... que no puedo revelarte mirándote...; apoya la cabeza aquí..., así...

Julia apoyó la cabeza en el pecho del joven, el cual acercó los labios á su oído. Pasaron algún tiempo inmóviles en aque-

lla postura; ella con la cara vuelta hacia arriba y los ojos cerrados, como si durmiera; él con la cabeza baja y los cabellos esparcidos sobre la frente. No se oía más que la respiración afanosa de Julia, y un gemido monótono de la madre, que dormía en la habitación contigua. Era la primera vez que él la tenía entre los brazos de aquel modo, y por un momento la dulzura de aquel abrazo fué tan viva en ambos que casi suspendió la sensación del diferente dolor que los agitaba; las mejillas de Julia se encendieron de rubor y sus labios se entreabrieron con una leve sonrisa. Alberto la besó, y de pronto echó atrás la cabeza como si se hubiese quemado; volvió en sí, exhaló un gemido cortado, y volviendo á bajar la cabeza en actitud de profundo abandono, dijo al oído de Julia:

— ¡Tengo hambre!

La joven se levantó lanzando un grito, y se quedó inmóvil, inclinada, con los ojos fijos en los de Alberto.

Éste se tapó la cara y exclamó con acento desconsolado:

— No te lo debía decir. ¡Julia, perdóname!

La joven prorrumpió en otro grito agudo, desgarrador, cayó de rodillas á los pies de Alberto, le dió un beso, volvió á levantarse, miró alrededor, se metió las manos entre los cabellos, rompió á llorar, y exclamó: «¡Me vuelvo loco!» Corrió á la puerta y gritó: «¡Mamá!, ¡mamá!» Retrocedió, se lanzó al otro cuarto sollozando, volvió con presteza llevando la falda cogida con ambas manos, vaciló y cayó.

En este momento se asomó la madre á la puerta.

Alberto, pálido, con los ojos fijos en Julia y los brazos caídos, parecía fuera de sí; Julia estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en sus rodillas, inmóvil; en el suelo, á su alrededor, estaban esparcidos pedazos de pan y frutas, que á la joven se le habían escapado al caer.